

EX LIBRIS

MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA

189

LA HABANA
MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA

REPRODUCCION DE UN LIBRO DE LA BIBLIOTECA DEL MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS DE LA HABANA
Y SU EPOCA



LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS DE LA HABANA Y SU EPOCA

Conferencia pronunciada en el Ateneo de La Habana
el 11 de noviembre de 1953



POR

MAX HENRIQUEZ UREÑA



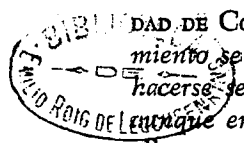
MUNICIPIO DE LA HABANA
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

1954

NOTA PRELIMINAR

Para los habaneros que éramos muy jóvenes en 1910, para los que habíamos cruzado la etapa, casi siempre decisiva, de la adolescencia cuando la República daba sus primeros pasos, y amábamos, como ahora, la cultura, y alentábamos, como ahora, el ansia, entonces acaso un tanto confusa pero muy real, de hacer avanzar a la patria por los caminos del pensamiento, la SOCIEDAD DE CONFERENCIAS DE LA HABANA es un recuerdo inolvidable. Señala el comienzo de una nueva época en nuestra vida cultural: las grandes figuras de la generación inmediatamente anterior a la Independencia callaban casi por completo, cansadas del largo esfuerzo o decepcionadas de sus frutos; los jóvenes, vivamente sensibles, quizá, al ambiente cargado aún de las sombras que nublaron el advenimiento de la República y de la repercusión de dolorosos acontecimientos de los primeros años republicanos, sufrían la timidez y desorientación. La fundación y la actuación de la SOCIEDAD DE CONFERENCIAS DE LA HABANA fué una clarinada a cuyo llamamiento se agruparon energías que entonces y más adelante habían de hacerse sentir en la vida cultural, y aun en la vida social cubana. Y en su obra miró muy señalada y reiteradamente hacia afuera, ello no empaña sino que realza su hondo espíritu nacionalista: era el afán de abrir a la patria nuevas ventanas por donde ver el mundo.

Corta, si bien fecundísima, fué la vida de la SOCIEDAD DE CONFERENCIAS. Sus dos fundadores y primeros directores — Jesús Castellanos y Max Henríquez Ureña —, para quienes, si antes no existiera, habría podido acuñarse el término de "animadores de cultura" — desaparecieron muy pronto del escenario intelectual habanero. Castellanos fué arrebatado para siempre por la muerte, con crueldad que aún sentimos como uno de los golpes más duros y ciegos del Destino. Henríquez Ureña, después de dejar huella luminosa de enseñanza en la Escuela Normal de Oriente, pasó muchos años lejos de Cuba — su segunda patria, que invariablemente corresponde a su devoción con amor maternal a hijo muy preferentemente dilecto —, y a lo largo de



ellos ha realizado extensa y muy valiosa labor intelectual como crítico literario, publicista, historiador y novelista, logrando por ella justo renombre continental.

De regreso entre nosotros Max Henríquez Ureña, ¿quién mejor habría podido dar a conocer a los cubanos de ahora lo que fué la SOCIEDAD DE CONFERENCIAS DE LA HABANA? Por eso revistió excepcional interés y merece quedar en forma perdurable la conferencia sobre esa hija predilecta de su mente y de su corazón que ofreció el 11 de noviembre de 1953 en el ATENEO DE LA HABANA, que con tanto prestigio mantiene su gloriosa ejecutoria intelectual bajo la presidencia del muy eminente Dr. José María Chacón y Calvo.

La publicación de este trabajo — junto con las palabras introductorias del Dr. Chacón y Calvo — en los CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA, es más que otro abrazo de bienvenida que damos al viejo amigo, hoy ilustre, siempre admirado y querido, para festejar su reintegración, que esperamos definitiva, a la vida de nuestra patria; es el reconocimiento de que la obra de la SOCIEDAD DE CONFERENCIAS DE LA HABANA trasciende las fronteras de la historia literaria: con su fervor, su ansia de renovación, su evangélico afán divulgador y su aspiración nacionalista, nos da el perfil de un momento del alma cubana.

ÉMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.
HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA



PALABRAS INAUGURALES

Por JOSE MARIA CHACON Y CALVO

Presidente del Ateneo de La Habana

Estas breves palabras, dichas con humildad y con alegría, quieren expresar a Max Henríquez Ureña, ateneísta de la primera década de nuestra Sociedad, dominicano ilustre a quien Cuba tiene que considerar como un hijo querido, maestro de la cultura de reputación continental, heredero de un nombre de altos timbres en el patriciado antillano, al que ha sabido dar nuevos resplandores, cuán hondamente estima y agradece el *Ateneo de La Habana* su presencia esta noche en nuestra tribuna. Y viene a trazarnos un nuevo capítulo de la historia del *Ateneo*, que abrió brillantemente, con honda y personal emoción, José Manuel Carbonell, poeta, diplomático, gran señor de la palabra, noches pasadas.

El nuevo capítulo va a hablarnos de una Sociedad que escribe páginas brillantes en la historia de nuestra cultura: *La Sociedad de Conferencias*. Yo pude participar de sus postreras etapas y me honré acompañando al ilustre doctor Rodríguez Lendián en la dirección.

Han pasado más de cuarenta años... Max Henríquez Ureña, en estas cuatro décadas, ha afirmado las notas universales que ya veíamos en su labor juvenil, y dentro de esa universalidad misma, las de la americanidad genuina, las que nos unen sutilmente con nuestro medio, las hemos sentido diáfananamente, con una suave y purísima luz.

Saludemos así, señores, en Max Henríquez Ureña, poeta, crítico, conferenciante, profesor, a un humanista de los tiempos modernos, que al darnos la exégesis de la obra del poeta de *Los Trofeos*, que al verter con pureza los burilados medallones de sus sonetos clásicos a nuestra lengua, nos ha dado el testimonio de su humanismo creador, como al relatar en un memorable curso de la Universidad de Yale

las vicisitudes del modernismo en América, recordando el sexagésimo aniversario de la publicación de *Azul*, ha mostrado cómo en el profesor alienta un poeta de los más puros quilates.

Y pienso, señores, que en su evocación de esta noche vamos a sentir en el vívido relato, esos resplandores únicos de la poesía.

Tiene la palabra el doctor Max Henríquez Ureña.



I

LA HABANA INTELLECTUAL A PRINCIPIOS DEL SIGLO

¿Cómo era La Habana intelectual de principios del siglo? Describirla no es cosa fácil, si se quiere ser fiel en la evocación; pero voy a intentarlo con ayuda de mis recuerdos personales.

1. — *Los periódicos y las revistas*

Hace ya cinco décadas — y puedo dáros la fecha exacta: el 14 de enero de 1903 — llegué a La Habana por primera vez. Contaba yo entonces diecisiete años, pero había empezado a escribir y, lo que es más grave, a publicar lo que escribía, desde muy temprana edad. Fácil será adivinar que tuve especial empeño, apenas llegué, en acercarme a los periódicos que mejor reflajaban la vida intelectual. Visité, en primer lugar, *El Figaro*, revista de vasta circulación y prestigio que dirigía Manuel Serafín Pichardo. Esa revista, aunque dedicada en buena parte a la información gráfica y social, reservaba unas cuantas páginas a producciones literarias avaloradas por las mejores firmas de Cuba, aparte de la buena colaboración que recibía del extranjero. Ese tipo de revista ha desaparecido ya: han ganado en preparación técnica y en buena presentación las revistas ilustradas, pero de ellas se ha ido eliminando lo puramente literario, al menos si no está vinculado de algún modo a la actualidad informativa. Para la producción literaria debe haber, en verdad, revistas de carácter exclusivo, y no en maridaje con la crónica ilustrada de los acontecimientos.

En aquel momento había otras revistas de circulación menor, cortadas por un patrón similar al de *El Figaro*: *Azul y Rojo*, fundada por Miguel Angel Campa y Alfredo Montes, órgano de la gente moza,

esto es, de la nueva generación literaria; *Cuba y América*, que Raimundo Cabrera había fundado en Nueva York, durante los años de la emigración, y que desde la terminación de la *Guerra de Independencia* veía la luz en La Habana; *Cuba Libre*, popular y amena, dirigida por Rosario Sigarroa; y *El Hogar*, que con ejemplar constancia mantenía Antonio G. Zamora. *Azul y Rojo* desapareció a la vuelta de un par de años; en cambio, surgió *Letras*, que lanzaron Néstor Carbonell y Carlos Garrido como revista exclusivamente literaria, sin grabados, y después continuaron los hermanos José Manuel y Néstor Carbonell cuando Garrido se separó para dedicarse por entero a la fundación de un diario, *La Prensa*. Andando el tiempo, *Letras*, siguiendo el patrón más favorecido entonces por el público, se convirtió también en una revista ilustrada y de información gráfica.

Cuatro eran en aquel entonces los diarios de más extensa circulación en La Habana: el *Diario de la Marina*, *El Mundo*, *La Discusión* y *La Lucha*, desaparecidos hoy estos dos últimos, que circulaban por la tarde. *El Mundo* publicaba como suplemento hebdomadario una revista: *El Mundo Ilustrado*. *La Discusión* dedicaba el domingo una página a asuntos literarios, atendida primero por Jesús Castellanos y confiada a mi cuidado en 1905, año en que ingresé en la redacción de ese diario. Castellanos abrigaba un anhelo para cuya ejecución había conquistado al director, Manuel María Coronado, pero que, pospuesto de día en día por la administración, nunca llegó a realizarse: lanzar como suplemento una revista dominical que habría de ostentar, en consonancia con el nombre del diario, este sugestivo título: *La Discusión Literaria*.

En *El Fígaro* conocí a algunos de los más eminentes hombres de letras de Cuba, empezando por Enrique José Varona, Esteban Borrero Echeverría y Diego Vicente Tejera. Con los jóvenes de *Azul y Rojo* mantuve las más gratas relaciones. La mayoría de ellos concurría semanalmente a unas reuniones literarias que celebraba mi dilecto amigo y compatriota Fabio Fiallo en el consulado dominicano, entonces a su cargo. Así trabé amistad cordial y duradera con José Manuel Carbonell y su hermano Néstor, Luis Rodríguez Embil, René López, Fernando de Zayas, Mario Muñoz Bustamante, Miguel de Carrión, Juan Guerra Núñez, Ramiro Hernández Portela y muchos otros. Ya vamos siendo escasos los supervivientes de ese grupo, entonces regocijado y juvenil.

2. — El Ateneo y Círculo de La Habana

Frecuenté también desde mi llegada una institución que había inaugurado sus labores pocos meses antes: el *Ateneo y Círculo de La Habana*, situado en el segundo piso del número 110 del Paseo de Martí, esquina a Neptuno. El año anterior, en casa del austero patriota Néstor Leonelo Carbonell y por iniciativa que principalmente correspondió a su hijo José Manuel, se habían iniciado los trabajos preparatorios de la organización del *Ateneo de La Habana*, que no tardó en quedar legalmente constituido y a poco se fusionó con el *Círculo Profesional*. De esa fusión surgió el *Ateneo y Círculo*.

En la Junta Directiva de la Institución había dos cargos principales: el de Presidente, que desempeñaba en aquel momento el doctor José Antonio González Lanuza, y el de Director, que había sido confiado al doctor Lincoln de Zayas. El Director era el encargado de organizar el programa de acción cultural y social que había de desarrollar la Institución, a cuyo efecto debía ponerse de acuerdo con los presidentes de las secciones. Al Presidente correspondía presidir juntas y actos, llevar la representación de la Sociedad, y ejercer la alta supervisión de sus actividades.

Lincoln de Zayas, que fué el primer director del *Ateneo*, era hombre de cultura amplia y de refinado espíritu. Activo, emprendedor, dinámico, no descansaba en su anhelo de que el *Ateneo y Círculo* diera constantes señales de vida, y si hoy lograba que Enrique José Varona ocupase la tribuna para dictar una conferencia sobre *Tolstoy y Roosevelt* (ese Roosevelt era, desde luego, el de entonces, Teodoro, y esa disertación fué la primera pronunciada en el *Ateneo*), mañana anunciaba un recital de piano de Hubert de Blanck, y una semana después estaba preparando una fiesta bailable con ocasión de los carnavales.

Lincoln de Zayas, llamado después al desempeño de funciones públicas que le dejaban escaso tiempo libre, declinó el cargo de Director en septiembre de 1904 y fué sustituido por Manuel Seraffín Pichardo, que lo había secundado como Vicedirector. Pichardo era también eficiente y activo. Permaneció en el cargo poco más de cinco años. Para dar una idea de las iniciativas desarrolladas por él mencionaré dos de muy distinto carácter.

La primera fué, el 30 de octubre de 1905, una velada-homenaje al poeta cubano-francés José María de Heredia, autor de *Los Trofeos*, que había fallecido poco antes. En ese acto, que abrió con breves

palabras el doctor Ricardo Dolz, como presidente del *Ateneo*, disertó el anterior presidente, González Lanuza, sobre la significación de Heredia; Jesús Castellanos sobre Heredia y la poesía parnasiana, y Aniceto Valdivia sobre la prosa de Heredia; la señora Blanche Z. de Baralt dió lectura en francés a varios sonetos de Heredia, y Manuel Serafín Pichardo leyó traducciones de Heredia en verso castellano: una de esas traducciones, la de *Brisa marina*, era del propio Pichardo; otra, la de *Antonio y Cleopatra*, me fué pedida por Pichardo para leerla en aquel acto: fué la primera versión que hice de Heredia, cuyos sonetos vertí después íntegramente al español y publiqué al cabo de treinta años de labor.

La segunda iniciativa a que quiero referirme fué el debate público que se llevó a cabo en el *Ateneo* sobre el sufragio universal. En una carta pública al Director de *La Discusión*, el 1º de noviembre de 1905, Enrique José Varona, a quien se había tachado de *abstenido* en un artículo publicado en el *Diario de la Marina* y comentado en *La Discusión*, manifestó que debían ponerse restricciones al sufragio, cosa que ningún partido político había incluido en su programa. Manifestaba Varona que por esa y otras razones no se había inscripto en ningún partido; y agregaba:

El que fácilmente conseguiría mi adhesión no necesitaría contener más que estos dos artículos: Reforma de la constitución, dejando intactas las garantías individuales, la libertad civil, pero reduciendo el sufragio y centralizando enérgicamente el poder ejecutivo. Reducción de los gastos públicos dentro de un plan financiero que permita la rebaja gradual del arancel. Pero a los políticos — comenta después —, llegado el caso les parece más práctico olvidar la constitución que revisarla, escamotear el sufragio que restringirlo, y vivir al día mientras las zafras lo permiten.

De la lectura de estos párrafos surgió la idea de invitar a Varona a exponer ampliamente, desde la tribuna del *Ateneo*, su modo de pensar, a fin de someter el asunto a debate.

El anuncio de que Varona iba a plantear esa cuestión y algunas personalidades de alta significación intelectual se disponían a intervenir en la discusión, provocó enorme interés en el público, y el *Ateneo* se vió invadido, mientras duró el debate, por una concurrencia numerosa al par que selecta. El 11 de noviembre, después de unas palabras de introducción al debate por el presidente del *Ateneo*, ocupó

la tribuna Enrique José Varona, y planteó el problema mediante esta pregunta: "¿Qué es un elector?" Su exposición de las condiciones que a su juicio debía reunir un elector, y de la restricción que debía imponerse al sufragio cuando no se llenaran esas condiciones, fué clara y categórica, pero no extensa. Tiempo sobrado había para que algún otro orador se levantara a impugnarlo, y así lo hizo el doctor Alfredo Zayas, entonces Senador. Con esas dos disertaciones quedó completa la primera sesión del debate. En las sucesivas sesiones, celebradas los días 20 y 29 de noviembre, 4, 8, 11 y 23 de diciembre, se turnaron en la tribuna Octavio Averhoff, Ezequiel García, José Antonio González Lanuza, Orestes Ferrara, Angel C. Betancourt, Eduardo Dolz, Pablo Desvernine y Galdós, Cristóbal de la Guardia, Francisco Carrera Jústiz, José Manuel Cortina, Ricardo Dolz y Juan Gualberto Gómez. Hubo también algunos turnos de rectificación y aclaración. *La Discusión* publicó las versiones taquigráficas de todas las disertaciones.

Los que no vivieron aquella época suelen adelantar la sospecha de que la fusión con el *Círculo* redundaba en detrimento de la misión intelectual del *Ateneo*, pero no era así ⁽¹⁾. Mientras la actividad de las secciones culturales del *Ateneo* era continua, ininterrumpida, los actos puramente sociales de la Sección de Recreo y Adorno, que era la que representaba en la institución el aspecto de *Círculo*, eran relativamente pocos: no sumaban al año más de dos o tres fiestas bailables y algunas reuniones de esparcimiento social, principalmente en la época de los carnavales, dado el emplazamiento privilegiado del edificio en cuyo segundo piso estaba instalada la Sociedad, pues desde sus balcones podía contemplarse el desfile de carruajes que, viniendo

(1) En rigor, en la híbrida combinación del *Ateneo* y *Círculo*, el recreo y el esparcimiento resultaban preteridos frente a las actividades culturales. A ello se debió, sin duda, la iniciativa que, más adelante, en 1910, tuvo un grupo de jóvenes que pertenecían a la junta directiva: establecer una sala de esgrima, atractivo que los otros centros sociales ofrecían a sus socios, y ampliar el local para dar espacio al montaje de duchas que ese deporte requería, y para construir un pequeño escenario destinado a representaciones teatrales. A ese efecto fué necesario tomar en arrendamiento la casa vecina, suprimir paredes y modificar tabiques. Estas innovaciones requirieron un esfuerzo económico que no se vió compensado, como se esperaba, por nueva afluencia de socios. Durante años y años el aspecto de *Círculo* había merecido menos atención que el de *Ateneo*, y ya era tarde para acometer esfuerzo semejante. El *Ateneo* y *Círculo* no pudo resistir el mayor presupuesto de gastos a que se veía compelido, y a la postre, en septiembre de 1913, tuvo que abandonar la casa de Prado y Neptuno y sus anexos, y refugiarse en el local de la Academia de Ciencias, donde ya desapareció el último vestigio de lo que era *Círculo* y quedó simple y sencillamente el *Ateneo*.

del Malecón, cruzaban a todo lo largo del Paseo de Martí. También se llenaban en esas tardes de carnaval los balcones del *Casino Alemán*, situado en el tercer piso del mismo edificio, pero desde el *Ateneo* podía contemplarse el espectáculo a menor distancia (2).

3. — *El Paseo de Martí, eje de la vida habanera*

El *Ateneo* estaba emplazado en lo que en aquel entonces podía considerarse el corazón de La Habana. La ciudad entera tenía como eje de su vida diaria el Paseo de Martí, desde la histórica *Acera del Louvre* (o sean, ya para entonces, los portales del *Hotel Inglaterra*), hasta la glorieta del Malecón, frente al Castillo de la Punta. Aunque empezaba a poblarse el Vedado, donde gradualmente iban construyéndose magníficas residencias, muchas familias de antiguo arraigo vivían en el Cerro o en lo que hoy suele llamarse "Habana vieja"; pero ningún otro lugar superaba en distinción, a los ojos de la mayoría, al antiguo Paseo del Prado, que pronto cambió su nombre por el de Paseo de Martí, como más tarde el Malecón fué rebautizado con el de Antonio Maceo.

Ir al Malecón, al caer la tarde, para tomar un poco de fresco y contemplar el crepúsculo marino, era uno de los encantos peculiares de La Habana de entonces. En la glorieta del Malecón — destruída algunos lustros más tarde, al ejecutarse los planes que dieron vida a la Avenida de las Misiones y a la del Puerto —, daba retretas con alguna frecuencia la Banda del Cuerpo de Artillería, dirigida por José Marín Varona, y en esas ocasiones la concurrencia era enorme. No eran pocas las familias que se apresuraban a reservar una mesa en el café de *Miramar* situado frente a la glorieta: de ningún otro lugar se podía disfrutar mejor de la música — regalo del oído, porque Marín Varona sabía combinar bellos programas —, y del crepúsculo, regalo de la vista.

En los primeros años del siglo no existían en La Habana sino algunos automóviles, todos de propiedad particular. No los había de alquiler: abundaban en cambio los coches de plaza, de los que tiraba paciente jamelgo, a peseta la carrera.

(2) Los carnavales no tardaron en ser organizados con intervención de las autoridades municipales, para darles mayor brillo. La proclamación de una Reina, elegida entre las obreras de las principales industrias de La Habana, llegó a constituir un acontecimiento popular de gran resonancia, en 1909. Ramona García, sobre quien recayó la primera elección, asumió el papel de Reina con auténtica distinción y gracia.

Los que escribíamos para los periódicos solíamos darnos cita, por las tardes, en la redacción de *El Figaro*, situada en la calle del Obispo, que no tenía rival en cuanto al número de tiendas lujosas, pues no se había iniciado el auge que después alcanzó la calle de San Rafael. Era continuo el cruce de bellas mujeres, ricamente ataviadas, que iban de tiendas. En la sección delantera de *El Figaro*, cuyo frente quedaba totalmente abierto a la calle, solían instalarse algunos asientos para contemplar ese desfile de la belleza y de la gracia y para continuar allí la tertulia que, a hora más temprana, comenzaba en el saloncillo del fondo, donde trabajaba Pichardo. Nos disgregábamos después: unos para ir a la *Acera del Louvre*, otros al *Anón del Prado* (el popular café donde podían saborearse los mejores helados y refrescos de La Habana), y otros, en fin, al Malecón, conducidos por un coche de plaza, que de la calle Obispo iba hacia el Parque Central y continuaba a todo lo largo del Prado hasta la glorieta del Malecón o el Café de Miramar. Como a esa hora toda La Habana aflucía a los mismos lugares céntricos, a diario se veían las mismas caras conocidas y se intercambiaban los mismos saludos.

La vida nocturna también estaba firmemente vinculada a ese sector céntrico de la ciudad. En la proximidad del Parque Central (hoy Parque Martí) estaban situados los centros sociales que entonces tenían mayor relieve: a pocos pasos, en la calle de Zulueta, estaba el *Unión Club*, que después se trasladó al Malecón; y en un mismo edificio, haciendo esquina frente al parque, estaban estos tres: en el piso bajo, el *Casino Español*; en el segundo, el *Ateneo y Círculo*; en el tercero, el *Casino Alemán*, cuyo apogeo duró hasta la guerra de 1914. Los teatros principales también estaban frente al parque: el *Nacional*, *Payret* (ambos muy favorecidos para representaciones de ópera y de comedia o drama, y subsistentes aún, aunque notablemente reformados) y *Albisu* (preferido para la zarzuela y desaparecido al levantar en aquel sitio el *Centro Asturiano* su edificio social). También frente al parque, en los altos de la *Manzana de Gómez*, se construyó a fines de 1909 el *Politeama*, con dos teatros: uno muy amplio, para ópera o drama; y otro menor, para variedades, pero el *Politeama* no duró muchos años, y en su lugar se construyeron varios pisos de locales para oficinas.

A la salida de las veladas del *Ateneo* o de las funciones teatrales, la concurrencia se encaminaba, para tomar algún refrigerio, al *Hotel Inglaterra* (cuyos portales conservaban el nombre de *Acera del Louvre*,

en Prado y San Rafael), o a *Los Helados de París*, café-restaurant del *Hotel Telégrafo* (hasta el cual, situado en la esquina de Prado y San Miguel, se prolongaba la *Acera del Louvre*, pasando por *El Cosmopolita*), o al *Anón del Prado* (inmediato al *Ateneo*, por el lado del Paseo de Martí). Esos establecimientos, merced a su céntrico emplazamiento, se veían noche a noche repletos por gran parte de la concurrencia que salía de los teatros o de los actos culturales que celebraba el *Ateneo*.

Tales eran los hábitos de La Habana de aquel tiempo. En el andar de los años, la ciudad fué ensanchándose y extendiéndose, para lo cual ya no le era suficiente el Vedado. Hubo que cruzar el río Almendares, echar un nuevo puente en la proximidad de su desembocadura, y urbanizar los terrenos inmediatos, antes rústicos y despoblados, pertenecientes al Municipio de Marianao. Se fabricaron por doquier nuevas y lujosas viviendas, alejadas del centro y del ruido, y muchos propietarios de la vieja zona urbana vendieron sus antiguas viviendas para construir otras flamantes en las nuevas urbanizaciones. Surgieron nuevos centros sociales: a un primer club de gran lujo y *confort*, situado en esos nuevos sectores de la vida habanera, se agregó otro, y después otro y otros más, en las amplias y modernas barriadas, buscando de preferencia la orilla del mar. Dijérase que La Habana se había ido fuera de La Habana.

Cambió, pues, el panorama de La Habana; y en 1928, al ejecutarse los planes de engrandecimiento urbano de Carlos Miguel de Céspedes, la fisonomía de la ciudad era muy otra, como lo eran también, en buena parte, sus hábitos y costumbres. El Paseo de Martí dejó de ser el principal eje de la vida urbana. Con el auge del cinematógrafo, y la disminución proporcional de las representaciones de drama y comedia (más escasas aún, las de ópera), disminuyó la atracción que ejercían los viejos teatros, como el *Nacional* y *Payret*, merced a las selectas temporadas teatrales que antes ofrecían, con artistas de primer orden; y aun esos mismos teatros, para no cerrar sus puertas, dieron acogida a las películas cinematográficas. Desaparecieron, y lo uno va con lo otro, cafés y restaurantes de bien cimentada nombradía, como *Los Helados de París* y *El Anón del Prado*. Y, por último, la *Acera del Louvre* se despobló y esfumó: hoy, ya pertenece al mundo de la leyenda.

4. — *Actividades de la gente joven en el Ateneo*

Ocupé por primera vez la tribuna del *Ateneo* en enero de 1907 para pronunciar, a requerimiento de Pichardo, una conferencia sobre Ibsen, fallecido pocos meses antes ⁽³⁾. A propuesta mía, el programa de esa sesión literaria se dividió en dos partes: la primera, mi disertación sobre el gran dramaturgo noruego; la segunda, un desfile de poetas jóvenes que debían recitar o leer sendas composiciones de su cosecha. Estos poetas, vinculados todos a la revista *Letras* — aunque, desde luego, colaboraban también en *El Fígaro*, eran seis: Fernando de Zayas, José María Collantes, René López, Osvaldo Bazil, Félix Callejas y Juan Guerra Núñez. La noche fué, pues, exclusiva para la gente joven, que cada día tomaba una parte más activa en las actividades del *Ateneo*.

Emprendí poco después viaje a México. Allí me incorporé, junto con mi hermano Pedro, que ya residía en la antigua Tenochtitlán, al grupo de jóvenes que contaba en su seno a Alfonso Reyes, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Jesús Acevedo, Rafael López, Isidro Fabela y tantos otros que han sobresalido en la vida intelectual mexicana de nuestro tiempo. Del seno de ese grupo nació en 1907 la *Sociedad de Conferencias de México*, que tuvo útil y brillante actuación y que después cambió su nombre por el de *Ateneo de la Juventud*. Hago mención de esta iniciativa por la estrecha relación que tiene con la ulterior fundación de la *Sociedad de Conferencias de La Habana*.

Volví a residir en La Habana a principios de 1909, a poco de cesar la administración provisional de que se hicieron cargo en Cuba los Estados Unidos de América, de acuerdo con la felizmente abolida *Enmienda Platt*, con motivo de la aguda crisis política que culminó en la revolución de agosto de 1906. Después de un limpio proceso electoral, reintegrada Cuba a su normalidad constitucional, acababa de inaugurarse el gobierno del general José Miguel Gómez.

Trabajé unos meses en el diario *La Unión Española*, que dirigía mi excelente amigo Juan Antonio Pumariega, e ingresé después, en la segunda quincena de julio, en la redacción de *La Lucha*, diario

(3) Sólo en dos ocasiones anteriores me había decidido a ocupar la tribuna: la primera, en Guantánamo, para pronunciar en el *Liceo* una conferencia sobre *Martí* (13 de mayo de 1905), y la segunda en La Habana, para disertar sobre *Whistler y Rodin* en la Academia de dibujo y pintura *El Salvador*, que dirigía mi compatriota Adriana Billini (22 de abril de 1906).

vespertino que dirigía Antonio San Miguel. Allí tuve a mi cargo la crítica de teatros y el oportuno comentario de la actividad literaria y artística, en sustitución de Aniceto Valdivia, que partía para Noruega con el rango de Ministro Plenipotenciario.

Jesús Castellanos, con quien había estrechado yo íntima amistad desde que estuvimos juntos en el cuerpo de redactores de *La Discusión*, era ahora abogado fiscal de la Audiencia de La Habana, pero aún solía escribir algunos editoriales para ese "diario cubano para el pueblo cubano", según rezaba el encabezamiento de su primera página.

Pichardo partió para ocupar en Madrid el cargo de Secretario de la Legación de Cuba, y dejó la dirección del *Ateneo*, que presidía desde principios de 1908 el doctor Rafael Fernández de Castro.

La actividad cultural del *Ateneo* era siempre fecunda, con la cooperación, cada día más asidua, de la gente nueva. En octubre de 1909, Eusebio Adolfo Hernández y otros jóvenes, organizaron allí unos debates sobre los fundamentos del bien y del mal. Se celebraron otros sobre el sistema parlamentario, en los cuales intervinieron Eliseo Giberga, Enrique Loynaz del Castillo, Rogelio Pina, Luis de Solo y otros disertantes, pero no tuvieron la misma resonancia y el gran éxito de público que los anteriormente dedicados al sufragio universal. Otros hubo, más adelante, sobre el capital extranjero en Cuba, organizados por la *Asociación Pro-Cuba*, cuyos principales promotores eran Luis Marino Pérez y los doctores Domingo Ramos, Otto Bluhme, Gustavo Adolfo Tomeu y Gustavo Juan de los Reyes.

Rafael Fernández de Castro, que por distintas causas se había visto impedido de concurrir a algunos actos del *Ateneo*, reasumió sus actividades presidenciales el 25 de noviembre de 1909 para abrir, con breves y elocuentes palabras, una sesión literaria cuyo programa comprendía dos disertaciones: una de Bernardo Barros sobre *La cultura japonesa*, y otra que pronuncié sobre *Heredía y la poesía parnasiana*. Además, algunos sonetos de Heredia, en francés, y las traducciones que hice de los mismos al español, fueron recitados por la señorita Ascensión Tejera, hija del poeta Diego Vicente Tejera. Las palabras con que Fernández de Castro declaró abierto el acto, terminaron, dirigiéndose a Barros y a mí, con esta frase de estímulo que proclamó como equivalente del clásico *Macte animo*: "¡Arriba, criollos, que la victoria es vuestra!"; y dieron motivo a no pocos comentarios en la prensa, ya que se atribuyó a su breve peroración un alcance político, y en realidad no era descabellada esa atribución: el ilustre orador hizo

alusión al "naufragio de las instituciones", lanzando una nota pesimista en un momento en que reinaba el optimismo. Los periódicos de oposición tomaron pie en esas frases para atacar al gobierno; y los diarios adictos al régimen rebatieron y censuraron con alguna acritud a Fernández de Castro. Una caricatura publicada en *El Triunfo* (diario liberal que dirigía Modesto Morales Díaz), lo presentaba zozobrando en la tribuna del *Ateneo*, convertida en flotante juguete de las olas encrespadas, como para declarar que no había tal "naufragio de las instituciones": el que naufragaba era Fernández de Castro.

5. — *Las reuniones dominicales del Vedado*

Residía yo entonces en la calle 21, entre 12 y 14, en el Vedado, y los domingos por la tarde reunía allí a un grupo de amigos y compañeros en el periodismo y en las letras. En esas reuniones cobró vida más de una iniciativa de orden cultural, como la fundación de la *Sociedad de Fomento del Teatro*, primer esfuerzo realizado en favor del desarrollo de una literatura dramática cubana. A propuesta de Jesús Castellanos, convocamos un concurso de carteles para anunciar la primera temporada teatral de la incipiente institución. El concurso de carteles, cuyo primer premio fué obtenido por Jaime Valls, fué todo un éxito, y dió a conocer el nombre de un artista entonces novel, Enrique García Cabrera. En cambio, la temporada teatral de obras cubanas, celebrada en el *Teatro Nacional* con el desinteresado concurso de la insigne actriz Luisa Martínez Casado y la compañía que la secundaba, tuvo que interrumpirse pocas noches después de iniciada, en vista de la indiferencia del público. No triunfó ese empeño, pero nuestro esfuerzo quedó como saludable ejemplo para el futuro. La idea, en efecto, no murió, no podía morir: nuevas asociaciones vinieron después a darle nueva vida; y con el tiempo, en vez de desaparecer, han aumentado en número y en actividad.

Nuestras reuniones del Vedado cobraron cada vez mayor animación e interés: el grupo de jóvenes escritores, artistas y periodistas que allí concurría engrosaba día tras día. A veces Jesús Castellanos reclamaba el derecho de trasladar la reunión a su casa, e igual petición hizo en alguna ocasión Emilio Heredia, nieto del cantor del Niágara. Quedó establecido que cada domingo, alternando con la charla bullanguera, uno de nosotros daría a conocer sus trabajos en preparación. Así, Jesús Castellanos leyó un cuento de misterio, *El puente*; José Antonio Ra-

mos, el plan y desarrollo de su drama *Satanás*, aún en boceto; Guillermo de Montagú, las primicias de su libro *Iris*; Bernardo Barros, dos capítulos de una novela que nunca terminó; y por mi parte, leí fragmentos de una novela corta, *La sonrisa*, que sólo publiqué siete lustros más tarde, en el volumen intitulado *Cuentos insulares*. También en esas reuniones dió a conocer Conrado Massaguer algunas caricaturas que habían de figurar en la exposición que en el *Ateneo* abrió meses después; y así como Eduardo Sánchez de Fuentes nos hacía saborear, ejecutándolas al piano, sus nuevas concepciones musicales, Joaquín Rodríguez Lanza solía evocar en el teclado a Beethoven, a Chopin, a Grieg...

6. — *Fundación de la Sociedad de Conferencias*

Un día Jesús Castellanos me comunicó su deseo de fundar en La Habana una *Sociedad de Conferencias*, diciéndome que, puesto que yo había contribuido a establecer la de México, no era necesario que él me encareciera la importancia y la utilidad de la iniciativa.

Acogí con entusiasmo la sugestión de Castellanos, quien al domingo siguiente la dió a conocer a los habituales asistentes de nuestras reuniones. Tocaba a su fin el mes de mayo de 1910 y en ese momento la temporada de la *Sociedad de Fomento del Teatro* culminaba en el fracaso. En vista de ello ¿no valía la pena esperar un poco?, opinaron algunos, aunque la idea mereció unánime aprobación. Obligados estábamos, además, a ese compás de espera, dada la proximidad del verano. Convinimos en que para el otoño sería posible poner en marcha el proyecto.

En mi *Anecdotario de Catalá* (trabajo que presenté en la Academia Nacional de Artes y Letras para rendir homenaje a la memoria de aquel gran animador de las letras y la cultura), he narrado cómo se constituyó en definitiva la *Sociedad de Conferencias*, empezando por recordar la conversación que sostuvimos Castellanos y yo con Catalá para cambiar ideas sobre nuestros propósitos, y la irónica sonrisa con que Catalá nos objetó:

— En La Habana hemos tenido épocas muy felices: ¿no había conferencias! Con eso, que refleja una opinión bastante difundida, quiero decirles que ustedes necesitarán desplegar gran tacto y habilidad para devolver su prestigio a un género que para la mayoría resulta hoy aburrido.

Expusimos nuestro plan. Había que eliminar los factores que podían hacer aburrida una conferencia. En primer lugar, los disertantes debían ser personas de reconocida capacidad. Entraba en nuestros propósitos que la tribuna de la *Sociedad de Conferencias* fuera ocupada preferentemente por las grandes figuras intelectuales de Cuba, como Varona, Giberga, González Lanuza, Montoro y otras de igual talla. Con ellos podrían ir alternando algunos jóvenes, cuya selección se haría con el mayor tino posible.

En segundo lugar, nos proponíamos desterrar la conferencia *leída* que no es la verdadera conferencia, puesto que la lectura debe quedar reservada para el discurso académico, que es cosa muy distinta⁽⁴⁾. La verdadera conferencia ha de ser hablada; con ayuda, en todo caso, de un sílabo; porque, al cabo, no es más que una lección dictada en cátedra libre.

Todavía entramos en otros detalles del plan: aspirábamos a organizar series de conferencias sobre un mismo asunto o una misma disciplina del saber, a modo de cursos en que cada lección está encomendada a un profesor diferente; pero empezaríamos por un grupo de conferencias sobre temas que no tuvieran conexión entre sí, para poder apreciar las reacciones del público y, con la experiencia adquirida, preparar series sistemáticas sobre los asuntos que pudieran despertar mayor interés.

— Me han conquistado ustedes — nos dijo Catalá —, y *El Figaro* hará suyo ese empeño. Cuando ustedes empezaron a reunirse los domingos, al ver la simpática y abigarrada mezcla de gente nueva que allí afluyó, no faltó quien dijera que esas eran las reuniones de “la baja literatura”. Y yo contesté: pues de la “baja literatura” va a salir algo grande. Mi vaticinio se confirma. Pero los compadezco: ¡qué paciencia y qué firmeza tendrán que poner en juego para rechazar intromisiones perjudiciales! Porque todo andará bien mientras ustedes ofrezcan conferencias buenas, menos buenas y hasta medianejas; pero el día en que, por una debilidad de ustedes, ocupe esa tribuna un indocumentado o un *latero*, habrá que cantarle el *gori-gori* a la *Sociedad de Conferencias*.

El próximo domingo, en vez de reunirnos en la que ya podía considerarse “nuestra casa social” del Vedado, la cita fué en la residencia de Jesús Castellanos. Allí quedó decidida la fundación de la *Sociedad de Conferencias*, que utilizaría para sus actos los salones del *Ateneo* o la *Sala Espadero*, del Conservatorio de Hubert de Blanck, pues los dos locales habían sido puestos ama-

(4) De todas suertes, el propio discurso académico no logra captar y mantener la atención del público sino cuando su autor es, al mismo tiempo, buen lector; y esto, por desgracia, no es tan frecuente como sería de desear. Leer es un arte difícil. Hay oradores que, cuando de leer se trata, no consiguen igual éxito: leer les resulta menos fácil que hablar.

blemente a nuestra disposición. Y, en efecto, aprovechamos después ambas ofertas.

— Propongo — dije — que la *Sociedad* actúe sin reglamento. ¿Para qué lo necesitamos mientras la voluntad de todos sea la misma? Bastará con designar dos directores que se encarguen de organizarlo todo.

— ¿Dos directores? — intervino Catalá. Voto por el duunvirato; pero ese duunvirato ha de tener facultades casi dictatoriales. Los tales directores deben tener libertad de acción, mucha libertad de acción, si lo que se persigue es el éxito de la *Sociedad*.

No hubo discrepancias. Jesús Castellanos y yo quedamos como directores, y nos pusimos sin demora a la obra.

En la reunión celebrada el domingo siguiente se proclamó la lista de los socios fundadores, que además de los dos directores (que actuarían como *Comité Organizador* de las conferencias, según se puso siempre en las invitaciones), eran los siguientes: Enrique José Varona, Evelio Rodríguez Lendián, Ramón A. Catalá, José Antonio González Lanuza, Orestes Ferrara, Alfredo Zayas, Fernando Sánchez de Fuentes, Ezequiel García, Fernando Ortiz, Aniceto Valdivia, Francisco de Paula Coronado, Bernardo G. Barros, Miguel de Carrión, José Manuel Carbonell, José Antonio Ramos, Guillermo de Montagú, Eusebio Adolfo Hernández, Joaquín Rodríguez Lanza, Eduardo Sánchez de Fuentes, Hubert de Blanck, Juan Torroella, Conrado W. Massaguer, Emilio Heredia, Néstor Carbonell, Manuel Márquez Sterling, José López Goldarás, Francisco Javier Sierra, Juan Guerra Núñez. A esa lista se agregaron más tarde muchos jóvenes que después se han destacado en la vida intelectual.

El mero anuncio de nuestros propósitos tuvo extensa resonancia. Bien es verdad que contábamos con el concurso valiosísimo de la prensa en general, y que en particular *La Discusión* y *La Lucha* nos cedían todo el espacio que pudiéramos necesitar para hacer una propaganda “de gran estilo” a la idea. Anunciada la conferencia inaugural para el 6 de noviembre de 1910, una semana antes, el 30 de octubre, *La Lucha* consagró una página entera a la fundación de la *Sociedad de Conferencias*, con los retratos de los siete disertantes que habían de tomar parte en la primera serie; y *La Discusión* dedicó también amplio espacio al asunto, insertando una interviú de uno de sus redactores con Jesús Castellanos.

Usted recordará perfectamente — decía Castellanos a su interlocutor —, aquellos *tés* domingueros del Vedado, donde, en plá-

tica desinteresada de arte, se reunía lo que Catalá llamaba donosamente *la baja literatura*. De allí arranca este movimiento que por su fortuna parece haber arraigado en la opinión. Siempre fué prenda de los humildes el entusiasmo: la baja literatura soñó con el milagro de reunir, de un modo útil al país, a algunos hombres inteligentes de nuestra capital que, no opuestos realmente por ningún odio político o social, andan de hecho dispersos y sin señal de vida en lo que de ellos pudiera dar más provecho y honor a la patria. Existiendo positivamente en La Habana un buen surtido de hombres estudiosos y de propio pensamiento, tal vez en mayor abundancia que en muchas capitales de Hispano-América, lo cierto es que ni influyen en nuestro medio, ni han prestado, en aquello en que son maestros, el menor servicio a la república. Cada uno cincela en un rincón su custodia, como los enclaustrados del Renacimiento. Los más no cincelan nada y dejan ir su energía por las calles en palique inútil. De todo y por todo esto ha hablado amargamente el doctor Desvernine en su reciente discurso de la Universidad. Y bien: con esta idea, que está en todas las conciencias, no quisimos conformarnos nosotros, y aquí nos tiene usted intentando una forma de concentrar las fuerzas perdidas, apelando a lo que hay de más alentador en las reservas de la sociedad: los jóvenes intelectuales. Por el favor que la idea ha logrado ya, parece que no era todo ilusión en nosotros; que en efecto existía un estado de preparación en la aristocracia de nuestros profesores, publicistas y literatos, y que lo único que faltaba era alguien, grande o pequeño, que trajera las gallinas.

Toda la prensa concedió lugar preferente al tema, y ese mismo 30 de octubre se publicaron otros artículos, algunos de firmas reputadas, como uno de León Ichaso en *La Unión Española* y otro de Manuel Márquez Sterling en *El Figaro*, revista que además dedicó su primera página el 6 de noviembre a enaltecer el empeño que representaba la *Sociedad de Conferencias*, cuyas labores iban a iniciarse pocas horas después, esa misma mañana, pues habíamos escogido los domingos, a las diez de la mañana, para nuestras conferencias.

7. — *Primera serie: Conferencia inaugural de Castellanos*

El *Ateneo*, cuyos salones fueron elegidos para las dos primeras series de conferencias, se vió invadido esa mañana por una concurrencia tan numerosa como selecta. Como miembro fundador de la Sociedad de Conferencias, presidió Varona, quien tenía a su derecha a Mario García Kohly, entonces Secretario de Instrucción Pública, y a su iz-

quiera a González Lanuza, también miembro fundador. Muchas figuras prestigiosas de la intelectualidad cubana estaban allí, entre el público: Alfredo Zayas, Manuel Sanguily, Rodríguez Lendián, Orestes Ferrara, Ezequiel García, Luis Azcárate, Raimundo Cabrera, Fernando Sánchez de Fuentes, Fernando Freyre de Andrade, Luis Alejandro Baralt y Peoli, Juan Santos Fernández, Luis Montané, Enrique Hernández Miyares y otros más. Un nutrido grupo de escritores jóvenes y gran cantidad de profesionales, colmaban el salón. Castellanos alcanzó un triunfo extraordinario con su disertación sobre *José Enrique Rodó y su libro "Motivos de Proteo"*.

Antes de entrar de lleno al tema de su conferencia, Castellanos quiso puntualizar en estos párrafos los aspectos principales de la finalidad que perseguíamos:

Aun cuando seamos pequeños los que levantamos la voz, es hora ya de que se toque a la puerta de nuestros intelectuales y se les exija el cumplimiento de su misión social de enseñar y aun de padecer en la enseñanza. Como nos hemos propuesto tener por única arma la sinceridad, permitidme que advierta la notoria impropiedad con que en Cuba se emplea esta preclara denominación de intelectual. El intelectual de los grandes centros de población es un hombre que reparte lo mayor y mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas, pero se distingue especialmente por su apostolado perenne e indirecto, escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestando a las *enquêtes* de los periódicos, viviendo una vida que, ayudada quizás por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección. Lo que aquí llamamos intelectual es — seguramente por causas económicas en gran parte —, la mitad brillante de un abogado o un médico que de vez en cuando tiene tiempo de leer un volumen y pierde de leer cuarenta que esperan en vano en su biblioteca; la nostalgia de un profesional que anda siempre a pleito con las horas de su reloj, sin que ninguna le quede para vivir espiritualmente un poco con su pueblo, pálido cuarto menguante de una luna que no tarda mucho en desaparecer... Comprendido como en otros países el concepto, hay que convenir en que en Cuba no hay intelectuales: sólo hay hombres inteligentes.

Para pasar de éste al otro grado, hay que admitir una dedicación normal a cierta clase de trabajos, de esos que, sin propaganda sectaria, relevan a una sociedad de su esclavitud moral a un principio o a una ley; hay que sentir la obligación política que implica la fortuna del talento y cómo a la sociedad pertenece, en la justa proporción en que los dones han sido repartidos y

lo mismo que los músculos del gañán y el valor del héroe, la cantera de pensamientos en embrión que la casualidad puso bajo su cráneo y que es su deber pulir y pulir siempre, como un diamante que da luz y raya el vidrio.

La primera serie se completó con seis conferencias más: el 13 de noviembre, *Mujeres de la revolución francesa: La familia Duplay*, por Orestes Ferrara; el 20, *La moderna Noruega*, por Aniceto Valdivia; el 4 de diciembre, *Fortuny*, por Bernardo Barros; el 18, *El Congreso de Panamá y la independencia de Cuba*, por Evelio Rodríguez Lendíán; el 21 (cambio de fecha por no haberla podido pronunciar su autor el día 11), *Julián del Casal*, por Fernando Sánchez de Fuentes; el 25, *Evolución del principio democrático*, por Miguel de Carrión.

Durante el desenvolvimiento de esta serie se intercaló una sesión especial que la *Sociedad de Conferencias* dedicó a la memoria de Tolstoy, fallecido en esos días. En dicho acto, celebrado la noche del 30 de noviembre, hubo tres disertaciones: una de González Lanuza, a modo de discurso de apertura, sobre las ideas filosóficas de Tolstoy; otra de José Antonio Ramos sobre *El teatro de Tolstoy*, y otra, que me tocó pronunciar, sobre *Tolstoy y la novela realista*. El homenaje se completó con la ejecución de obras musicales relacionadas con dos de las más afamadas novelas de Tolstoy: la obertura *1812*, de Tschaiikowsky, ejecutada, en recuerdo de *La guerra y la paz*, por la banda municipal que dirigía el maestro Guillermo M. Tomás; y *La sonata a Kreutzer*, de Beethoven (que inspiró a Tolstoy la obra que lleva el mismo nombre), ejecutada por Joaquín Molina (violín) y Matilde González (piano).

No es ocioso hacer resaltar que, así como éramos opuestos a la celebración de veladas del tipo "literario-musical", que tanta boga tuvo hasta ya entrado este siglo, tratábamos, cuando ello fuera posible, de combinar programas en los que pudieran intercalarse obras musicales que tuvieran estrecha relación con la disertación de ese día, y venían a ilustrarla y completarla. En esa forma pensábamos organizar una serie sobre grandes músicos.

8. — *Las series segunda y tercera*

Un primer ensayo de lo que pudieran ser esas futuras conferencias sobre temas musicales fué la *Sesión Grieg*, organizada para abrir la segunda serie, en los propios salones del *Ateneo*, el 16 de enero de 1911, a las nueve de la noche.

Tuve a mi cargo dictar en esa ocasión una conferencia sobre *La vida y la obra de Edvar Grieg*. Aparte de algunas ilustraciones que al piano ejecutó Joaquín Rodríguez Lanza en el curso de la conferencia, para comparar algunas melodías populares noruegas con piezas de Grieg, que se había inspirado en ellas, la conferencia fué ilustrada con las siguientes obras del compositor noruego: *Sonata en fa mayor*, para violín y piano, ejecutada por Juan Torroella y Hubert de Blanck; *Sonata en mi menor* y *Balada*, ejecutadas al piano por Joaquín Rodríguez Lanza; y seis romanzas (*En las montañas natales*, *La princesa*, *La última primavera*, *El cisne*, *Visión* y *En los bosques*), cantadas por la señorita Ascensión Tejera, acompañada al piano por el profesor Juan Gay. No cabían mejores intérpretes para las obras de Grieg. *La Discusión*, al dar cuenta del acto, dos días después, le dedicó una página con el siguiente título a seis columnas: *El acontecimiento artístico del lunes*, declarando que aquella *Sesión Grieg* había sido “una de las más hermosas fiestas de arte que en mucho tiempo se han celebrado en La Habana”.

En la segunda serie de conferencias decidimos ensayar la hora de las nueve de la noche, los lunes, pero en definitiva, para las futuras series preferimos restablecer la hora de las diez de la mañana, todos los domingos. Aunque siempre pudimos contar con un público numeroso, que en la *Sesión Grieg* fué desbordante, nos convencimos de que para nuestros asistentes habituales era más fácil y cómoda la hora mañanera del domingo. González Lanuza, en un discurso que pronunció en un acto conmemorativo del *Ateneo*, señalaba, entre otras circunstancias que nos dieron el éxito, las ventajas de ese horario:

La hora escogida, el local elegido, han sido un éxito verdadero. Desde el primer momento el salón se mostró lleno de una concurrencia de socios y de personas que no lo eran. En las últimas, a medida que la noticia de las conferencias se difundía y que el entusiasmo por ellas crecía en nuestra sociedad, no han cabido en el salón las personas que constituían la concurrencia; y a duras penas, en el corredor contiguo, junto a las puertas, han podido estar en mala e incómoda posición, pero constituyendo un verdadero gran lleno para el *Ateneo* . . .

Las restantes conferencias de la segunda serie fueron: el 23 de enero de 1911, *Existencia de una fauna continental en Cuba* (con proyecciones), por Carlos de la Torre y Huerta; el 30, *La locura de Maupassant al través de sus obras*, por Isidoro Corzo; el 6 de febrero,

El amor en la literatura italiana, por Guillermo Domínguez Roldán; el 13, *Algunas ideas sobre arte decorativo* (con proyecciones), por Emilio Heredia; el 20, *Los negros curros*, por Fernando Ortiz; el 23, *Martí: su vida*, por Néstor Carbonell; el 6 de marzo, *El ritmo psíquico*, por José Varela Zequeira; el 27, *Cirilo Villaverde*, por Guillermo de Montagú; el 9 de abril, *Mujeres de la revolución francesa: La belle Tallien*, por Orestes Ferrara; el 10, *El suicidio*, por Eusebio Adolfo Hernández; el 17, *Mi escepticismo* (conversación), por Enrique José Varona; el 24 y el 30, *La casa cubana: su construcción y ornamentación* (con proyecciones), primera y segunda parte, por Ezequiel García; y el 7 de mayo, *Los evangelios apócrifos*, por Francisco de Paula Coronado.

Como se ve, estas dos primeras series incluían disertaciones sobre los más diversos asuntos. La tercera serie fué ya coordinada dentro del carácter de homogeneidad que hubiéramos querido darle desde un principio, a no ser porque preferimos observar las reacciones del público frente a esa variedad de temas.

Para esta serie aceptamos la hospitalidad que nos brindó Hubert de Blanck en la *Sala Espadero*, o sea el salón de actos del conservatorio que dirigía, sito en el número 47 de la calle de Galiano. El público acudió allí, los domingos por la mañana, con el mismo entusiasmo con que había acudido al *Ateneo*.

La serie fué dedicada a un grupo de *Poetas extranjeros contemporáneos*. Las conferencias ofrecidas fueron: el 28 de enero de 1912, *Ada Negri*, por José Antonio González Lanuza, con un discurso de apertura de la serie por Jesús Castellanos; el 4 de febrero, *Guillermo Valencia*, por Juan Guerra Núñez; el 11, *José Santos Chocano*, por Agustín Acosta; el 18, *Rudyard Kipling*, por Jesús Castellanos; el 25, *Mario Rapisardi*, por Orestes Ferrara; el 3 de marzo, *Francisco Villaespesa*, por Francisco de Paula Coronado; el 10, *Georges Rodenbach*, por Max Henríquez Ureña; el 17, *Leopoldo Lugones*, por José Manuel Carbonell.

9. — *La muerte de Jesús Castellanos y la reanudación de nuestras labores*

Preparábamos para el mes siguiente una serie sobre temas de Historia de Cuba; pero a poco Jesús Castellanos cayó en cama, presa de grave dolencia que lo llevó a la tumba el 29 de mayo.

El anunciado ciclo de conferencias quedó pospuesto; y el 29 de junio, al cumplirse un mes del fallecimiento de Castellanos, la *Sociedad de Conferencias* y el *Ateneo de La Habana* se unieron para celebrar una velada-homenaje a su memoria. La *Sociedad de Cuartetos Clásicos*, que igualmente quiso asociarse al homenaje, abrió el acto con la ejecución del *Adagio del Cuarteto en sol menor*, de Haydn, e interpretó más adelante el *Andante Cantabile* del Cuarteto, Opus 11, de Tschaikowsky y el *Adagio-Allegretto* del primer cuarteto de Arriaga. Los intérpretes fueron: Juan Torroella (primer violín), Leonor García Madrigal (segundo violín), Constante S. Chané (viola de amor) y Pedro Angulo (violoncelo). Bernardo Barros leyó un capítulo inédito de *Los argonautas*, novela que Castellanos dejó inconclusa. El panegírico de Jesús Castellanos estuvo a mi cargo.

Para reemplazar a Jesús Castellanos en la codirección de la *Sociedad de Conferencias* fué designado el doctor Evelio Rodríguez Lendián, asociado al cual organicé la serie dedicada a temas de Historia de Cuba, que alcanzó gran resonancia. El orden en que se celebraron las conferencias de esa serie fué el siguiente: el 16 de febrero de 1913, *La expulsión de los diputados cubanos del Parlamento Español en 1837: Importancia de este hecho en la historia política de Cuba*, por Evelio Rodríguez Lendián; el 23 de febrero, *Martí: su obra*, por Néstor Carbonell; el 2 de marzo, *Martí en Santo Domingo*, disertación que pronuncié en sustitución del doctor Eusebio Hernández, cuyo turno quedó pospuesto para el final de la serie; el 9, *Historia de las ideas políticas en Cuba durante el siglo XIX*, por Eliseo Giberga; el 16, *La mujer cubana en la revolución*, por Alfredo Zayas; el 30, *La Junta de Información*, por Rafael Montoro; el 6 y el 13 de abril, *Preliminares de la revolución de 1895* (primera y segunda parte), por Juan Gualberto Gómez; el 20, *Período revolucionario de 1879 a 1895*, por Eusebio Hernández. Una conferencia de Francisco de Paula Coronado, señalada para el 23 de marzo, fué pospuesta indefinidamente por quebrantos de su autor y en definitiva no llegó a pronunciarse: *La política interventora de los Estados Unidos respecto de Cuba: Grant y Mc Kinley*.

Las conferencias de la serie consagrada a la Historia de Cuba fueron tomadas taquigráficamente, por iniciativa del doctor Jorge Alfredo Belt, como obsequio a la *Sociedad de Conferencias*, y la mayoría vió la luz en diversas publicaciones: unas en *Cuba Contemporánea*, otras en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* o en

los diarios *La Discusión* y *La Opinión*, y algunas se imprimieron, además, en folleto (5).

Para el otoño del propio año 1913 pensábamos celebrar la quinta serie, dedicada a *Figuras intelectuales de Cuba*, que debía iniciar Alfonso Hernández Catá para hablarnos de Jesús Castellanos. La serie fué pospuesta, pues algunos de los disertantes no podían comprometerse para una fecha demasiado próxima, pero la conferencia de Hernández Catá, que tenía que reintegrarse al cargo consular que desempeñaba en España, se celebró como anticipo de la serie el 12 de noviembre, en el Conservatorio de Blanck. Yo abrí el acto, al cual dimos solemnidad especial, con un breve discurso.

El 15 de marzo de 1914, en el mismo local, me correspondió iniciar la serie dedicada a *Figuras intelectuales de Cuba* con una disertación sobre *Diego Vicente Tejera* (6). Las conferencias restantes fueron las siguientes: el 22 de marzo, *La Avellaneda*, por José María Chacón y Calvo; el 29, *Felipe Poey*, por Carlos de la Torre y Huerta; el 5 de abril, *José María de Cárdenas y Rodríguez*, por Emilio Roig de Leuchsenring; el 12 de abril, *José Jacinto Milanés*, por Alfredo Zayas; el 19, *José Antonio Saco*, por Evelio Rodríguez Lendián.

Al ausentarme de La Habana para fijar mi residencia en Santiago de Cuba, en el mismo mes de abril de 1914, me substituyó en la dirección de la *Sociedad* el doctor José María Chacón y Calvo, quien, en unión de Rodríguez Lendián, organizó una segunda serie de *Figuras intelectuales de Cuba*; el 7 de marzo de 1915, *Rafael María Merchán*, por Juan Miguel Dihigo; el 11 de abril, *José María Heredia*, por Chacón y Calvo; el 18, *Pedro Angel Castellón*, por Aniceto Valdivia; y el 2 de mayo, *Rafael María de Mendive*, por Salvador Salazar. Apenas en su inicio la serie, falleció inesperadamente un joven de gran capacidad, José Enrique Montoro, que iba a disertar sobre *Nicolás Azcárate*.

(5) De esas conferencias, la única que no ha visto la luz fué la que pronunció Juan Gualberto Gómez, a quien remití la versión taquigráfica para que la revisara y no llegó a devolvérmela, porque día a día posponía el momento de hacerlo. Tengo noticias de que ese texto existe, quizás si revisado siquiera en parte, y ojalá que con motivo del centenario del insigne repúblico, que ha de conmemorarse dentro de pocos meses, pueda darse a la estampa, pues contiene valiosa información directa y personal, de primera mano, sobre el momento inicial de la revolución de Martí.

(6) Meses antes, según hice constar al comenzar aquel acto, había dictado una disertación sobre Tejera, que sustancialmente fué la misma que pronuncié en La Habana. Fué la *Sociedad de Conferencias de Santiago de Cuba*, de donde más tarde surgió el *Ateneo* de la misma ciudad, la que me invitó a dictarla.

Tal fué, en síntesis, la obra emprendida por la *Sociedad de Conferencias*. Forzoso me ha sido enumerar, con detalles que pueden parecer prolijos, las diversas series de conferencias celebradas de 1910 a 1915, pero he creído que sólo así puede avalorarse el alcance de la labor realizada.





II

LA OBRA DE DOS GENERACIONES

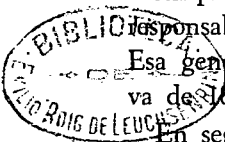
La historia de la *Sociedad de Conferencias* puede servir para marcar una época; y a ese efecto importa, ante todo, tener en cuenta cuáles eran las dos generaciones a las que incumbía en aquel momento la dirección y orientación de la vida intelectual en Cuba. Esas dos generaciones, coexistentes al comenzar el siglo, se unieron para fundar el *Ateneo* y actuaron también estrechamente unidas en la *Sociedad de Conferencias*.

En primer lugar está la vieja generación, sobre la cual pesó una gran responsabilidad histórica, cual fué la de decidir los destinos de Cuba. Esa generación llegó a su completo florecimiento en la década que va de 1870 a 1880.

En segundo lugar está la generación llamada a florecer de 1900 a 1910, que es la que yo llamo "generación de las tres banderas", porque la experiencia generacional que recibe como un impacto imborrable se sintetiza en el hecho de haber visto flotar sucesivamente en Cuba, durante su adolescencia y su primera juventud, esto es, en el momento de su formación, la bandera de España, la de los Estados Unidos y la de la República de Cuba.

A pesar del espacio de tiempo que las separa, puede decirse que no hay entre esas generaciones ninguna otra intermedia que pueda individualizarse, pues los hombres que surgieron en ese período intermedio fueron absorbidos ideológicamente por la primera, cuyas actitudes secundaron; aunque unos pocos, entre los que llegaron más tarde, más bien se sintieron ligados como hermanos mayores a la generación de las tres banderas.

Creo útil, siguiendo en líneas generales la clasificación de Julius Petersen, que tiene la ventaja de ser clara y concisa, aunque dista mucho de ser infalible, examinar los rasgos característicos de una y otra.



1. — *La generación del período preparatorio de la independencia*

Por lo que toca a la primera de esas dos generaciones, la del período preparatorio de la independencia, no es difícil encontrar en la coincidencia o proximidad del nacimiento de sus hombres representativos, el primer elemento que le presta unidad. En un ciclo de doce a trece años, que es bastante amplio para señalarlo como punto de partida de una generación, pueden señalarse estas fechas de nacimiento: 1848: Manuel Sanguily, Diego Vicente Tejera; 1849: Enrique José Varona, Esteban Borrero Echeverría, Luis Estévez Romero, Luis Alejandro Baralt; 1851: Miguel Figueroa, Leopoldo Cancio; 1852: Rafael Montoro, José Antonio Cortina, Eduardo Yero Buduén, Raimundo Cabrera; 1853: José Martí, Eusebio Hernández; 1854: Eliseo Giberga, Pablo Desvernine y Galdós, Juan Gualberto Gómez, José Varela Zequeira; 1856: Rafael Fernández de Castro, Eduardo Dolz; 1858: Carlos de la Torre y Huerta, Mercedes Matamoros; 1859: Aniceto Valdivia, Enrique Hernández Miyares, Nieves Xenes; 1860: Evelio Rodríguez Lendián; 1861: Ricardo Dolz, Bonifacio Byrne, Alfredo Zayas, Ramón Meza.

El segundo requisito que señala Petersen es el de los elementos formativos comunes, o sea la homogeneidad en la educación y las influencias que concurren al desarrollo de la inteligencia. No hay que hacer esfuerzos para afirmar que aquella generación de cubanos se desarrolló merced a elementos formativos similares, no importan las diferencias ideológicas que más adelante señalaron divergencias entre sus principales hombres.

Tercer requisito: las relaciones personales entre los componentes de esa generación fueron, por lo general, frecuentes y, en muchos casos, estrechas. Casi todos los hombres que sobresalían en esa generación se conocían y el contacto humano entre ellos era constante, ya de modo personal y directo, ya en forma epistolar, al menos entre aquellos que profesaban idénticas tendencias.

Cuarto requisito: la experiencia generacional, esto es, el acontecimiento que, en el momento en que la generación se forma y define, gravita sobre ese núcleo humano y opera hasta cierto grado como aglutinante. Ese acontecimiento, no cabe duda, es la revolución de 1868, la llamada guerra de los diez años, que sorprende a muchos de esos hombres en los albores de la juventud, cuando no en la adolescencia y aún, en cuanto a los últimos que llegan, en la infancia.

Quinto requisito: el guía de la generación, según Petersen, puede ser el héroe adorado por su época, o el mentor que atrae a los más jóvenes y les señala el camino, o el organizador que se coloca a la cabeza de los de su misma edad. Si se piensa en un maestro, en un mentor cuyo influjo moral, viniendo del pasado, gravita sobre toda esa generación, puede citarse un nombre: José de la Luz y Caballero. Podría preguntarse si además no hubo un guía surgido del seno de la propia generación. Como en esa generación luchaban dos corrientes antagónicas, la independencia y la autonomía, la revolución y la evolución, no hubo propiamente un guía viviente acatado por todos. Dividida la generación en dos grandes núcleos, el revolucionario y el autonomista, es evidente que el guía del núcleo revolucionario era José Martí, y que Rafael Montoro era el conductor preferido por el núcleo autonomista. Pero es Martí el que en definitiva triunfa: su prédica se abre paso, y la revolución que él preparó alcanza su objetivo: muerto, Martí crece, se agiganta, y desde su tumba es entonces el único guía de su pueblo. Mientras vivió fué el jefe de los partidarios de la revolución separatista; muerto, se convirtió, sin discrepancia posible, en el jefe espiritual de todos los cubanos.

Sexto requisito: el lenguaje generacional. Martí fué uno de los iniciadores del movimiento que en las letras hispanoamericanas recibió el nombre de "modernismo" y mientras vivió, ausente de Cuba, ejerció su influencia literaria fuera de Cuba y no precisamente en Cuba, donde era difícil que se leyeran sus escritos. Su influencia no se advierte en el lenguaje de la mayoría de los hombres de esa generación; no obstante lo cual ese lenguaje, aunque avalorado por su castiza propiedad, no sigue precisamente el modelo de los escritores españoles del siglo XIX. Sin perjuicio de la corrección de la forma, en muchos de ellos irreprochable, hay un sello que delata al *hombre americano* en Varona, en Sanguily, en Borrero, en Nicolás Heredia, y aún en aquellos que al parecer nutrían su espíritu con mayor frecuencia en lecturas españolas, como Montoro, Giberga y Fernández de Castro. Martí es cosa aparte, y su influencia literaria vendrá después.

Suele considerarse también, como elemento digno de aprecio en cuanto a la formación de una nueva generación, el anquilosamiento de la generación anterior. No siempre, sin embargo, puede afirmarse que la anterior generación esté caduca, pero en este caso la generación precedente, aunque no podemos decir que padecía de anquilosis, había cumplido ya su cometido y no solaban en su seno vientos de reno-

vación. Algunos hombres de esa generación precedente se incorporaron a las orientaciones de la nueva generación y adoptaron su lenguaje: tal es el caso de Ricardo del Monte que, aunque nacido en 1828, fué uno de los paladines que en la prensa y las letras tuvo el movimiento autonomista.

He ahí, pues, los elementos que dan su sello propio a esa generación, que surge en el momento en que han de decidirse los destinos de Cuba: los hombres que la integran no tienen otra preocupación que la de buscar fórmulas que puedan satisfacer los anhelos del pueblo cubano en el orden de las ideas políticas, si bien unos siguen el camino de la evolución, que creen todavía posible, y otros se lanzan resueltamente a la revolución.

2. - *La generación de las tres banderas*

Procede examinar ahora los elementos que concurrieron a la formación de la "generación de las tres banderas".

Empezando por la coincidencia o proximidad del nacimiento, unos cuantos nombres y fechas pueden bastar para comprobar la existencia de este requisito. Dentro del ciclo de doce a trece años que va de 1875 a 1888 nacieron: en 1875, Miguel de Carrión; en 1876, Fernando de Zayas; en 1877, José María Collantes; en 1878, Regino Boti; en 1879, Jesús Castellanos, Luis Rodríguez Embil, Miguel Angel de la Campa; en 1880, José Manuel Carbonell, Arturo R. de Carricarte; en 1881, Ramiro Guerra, Mario Muñoz Bustamante, Guillermo de Montagú; en 1882, Carlos Loveira, Mario Guiral Moreno, René López; en 1883, Dulce María Borrero, Juan Guerra Núñez, Angel Gabriel Otero, Fernando Lles, Hilarión Cabrisas; en 1884, Néstor Carbonell, Carlos de Velasco, Lorenzo Frau Marsal, Mariano Albada-lejo; en 1885, José Antonio Ramos, Alfonso Hernández Catá, Fernando Torralva; en 1886, Agustín Acosta, Medardo Vitier, Angel Alberto Giraudy; en 1887, Francisco Lles; en 1888, José Manuel Poveda, Luis Felipe Rodríguez, Juan Francisco Sariol, José Sixto de Sola; y aún cabe agregar, aunque nacidos ya en 1889, pero incorporados a esta generación y no a la subsiguiente: Emilio Gaspar Rodríguez, Emilio Roig de Leuchsenring, Enrique Gay-Calbó, Emeterio Santovenia, Juan Jerez Villarreal.

Segundo requisito: elementos formativos comunes. Rasgo característico de esta generación fué el hecho de que, por haber surgido sus componentes a la vida adulta en el momento de la guerra de inde-

pendencia, no tuvieron una formación metódica y a la vez sujeta a unas mismas influencias intelectuales. Unos fueron a la emigración, donde la vida se desenvolvía entre preocupaciones y dificultades; algunos, salidos ya de la adolescencia, fueron a alistarse en las fuerzas libertadoras, donde a veces otros familiares de mayor edad los habían precedido; los que quedaron en Cuba vivieron las horas inquietantes y angustiosas de los tres años de guerra. Y es precisamente la falta de una orientación definida en la formación de esos hombres lo que constituye el rasgo característico de esta generación: es una generación que se forma sin método, sin haber sistematizado su cultura, y en ella abundan, por tal causa, los autodidactos. Esa generación surge bajo el signo de la Revolución y eso la unifica, dándole un rasgo común: su cultura está limitada y condicionada por las inquietudes de aquel momento de suprema lucha. Algunos de esos hombres emprenden, más o menos tardíamente, estudios universitarios, y alcanzan un diploma de abogado o de médico, pero es raro que estudien humanidades y aspiren al doctorado en Filosofía y Letras. Por otra parte, el plan ideado en 1900 por Enrique José Varona, como Secretario de Instrucción Pública, para la enseñanza secundaria y universitaria (plan que muchas veces se critica sin pensar en que tenía carácter provisional, y no cabe culpar a su autor por el hecho de que lo provisional se prolongó hasta el grado de convertirse casi en definitivo), el plan Varona, repito, era motivo de desolación para los que estaban ávidos de cultura filosófica, pues había eliminado la enseñanza de la Filosofía propiamente dicha; y por otra parte, en materia de estudios literarios, la aglutinación, en una sola cátedra, de la historia literaria de los principales pueblos de Europa reducía a dosis homeopáticas el conocimiento de cada una de esas literaturas. Los programas universitarios de entonces no eran, pues, los que podían abrir nuevos horizontes en las materias humanísticas y filosóficas a la nueva generación, y para muchos, si querían adentrarse en ellas, no había más que un camino, lleno de insuficiencias y de escollos: el del autodidacto.

Cuarto requisito: experiencia generacional. Ya lo he apuntado antes: esa experiencia es la de haber presenciado, en el momento en que la generación se forma, el final de la colonia, que se produce mediante un proceso cuyas diversas alternativas quedan definidas por las tres banderas que sucesivamente flotaron en Cuba.

Quinto requisito: el jefe, el guía. No cabe duda que para esta generación, formada en el momento en que ya se vislumbra el adve-

nimiento de la República, no hay ni puede haber más que un guía: Martí, en su doble aspecto de héroe adorado por su época y de mentor que atrae a los que vienen después y les señala el camino. Al héroe lo veneraba toda Cuba al nacer la República, pero al escritor, al poeta, al pensador, al innovador de la prosa y el verso, lo conocían pocos, ya que sus escritos, que apenas empezaron a compilarse entonces por la filial devoción de su bien amado discípulo Gonzalo de Quesada, no habían sido publicados antes en Cuba. Aún había quienes dudaban del mérito excelso de su producción como escritor; pero, en su mayoría, los hombres de la nueva generación admiraban en él al hombre de pensamiento y leían con avidez cuanto de Martí caía en sus manos. No tenía esa generación, por otra parte, un organizador y guía surgido de su propio seno. De no haberse malogrado Jesús Castellanos, podría quizás haber llegado a serlo, por su idealismo, su cultura y su dignidad de espíritu, que le conquistaban la simpatía y la adhesión de sus compañeros de luchas y de esfuerzos.

Sexto requisito: lenguaje generacional. Con las salvedades propias del caso, pues el lenguaje de una generación puede tener y tiene muchos y muy variados matices, fueron las formas de expresión del modernismo las que prevalecieron en el lenguaje más usual de esta generación.

Séptimo requisito: anquilosis de la vieja generación. No cabe considerarla en este caso. La vieja generación, la del período preparatorio de la independencia, estaba ahí; y la nueva generación siempre contó con ella para sus empeños de cultura. A ella acudimos para reclamar su concurso, que obtuvimos sin reservas, para la obra de la *Sociedad de Conferencias*.

3. — Pugna entre idealistas y "hombres prácticos"

Es esa alianza entre la vieja y la nueva generación la que constituye el más interesante aspecto de la época en que floreció la *Sociedad de Conferencias*.

Un examen rápido de otros rasgos significativos del ambiente de aquella hora completará el cuadro. Muchas tendencias favorecían nuestros empeños culturales; contra otras, en cambio, hubo de pronunciarse el grupo dirigente de la *Sociedad de Conferencias*.

Preciso es tener en cuenta, ante todo, la admiración de ciertos grupos sociales por el *hombre práctico*, suerte de fetiche cuyo ejemplo se esgrimía para oponerlo al de los que se cuidaban más de su propia

cultura que de tener éxito material en la vida. La alabanza exagerada por el *hombre práctico* tuvo carácter epidémico en la América española al finalizar el siglo XIX, y no es extraño que el contagio llegara a Cuba, necesitada, después de tres años de guerra, de reorganizar su economía. El ejemplo de otros pueblos que habían logrado desarrollar su riqueza y acrecentar rápidamente su progreso material, se utilizaba para formular acres censuras contra muchas repúblicas de origen hispánico en nuestro continente, que si, por lo general, no tenían mucho que envidiar en el orden de la cultura, no habían alcanzado igual éxito en cuanto al incremento de su potencialidad económica. Y así se daba el caso insólito de que un culto y elevado espíritu como el del ilustre hombre público colombiano Rafael Uribe Uribe, contagiado por esa falacia, contestara con severos reparos una carta en que unos jóvenes amantes de las letras lo invitaban a colaborar en una revista literaria que aspiraban a fundar: Uribe Uribe deploraba, en su respuesta, que en América sólo se pensara en hacer literatura y no en realizar empresas "prácticas". En Cuba, recién constituida la República y frente a la urgente necesidad de dar organización fecunda y próspera a la economía nacional, no escaseaban los que hacían un elogio desmedido del *hombre práctico*, cuyo arquetipo podía encontrarse en los *self-made-men*, creadores de empresas y constructores de riqueza en los Estados Unidos de América. Al parecer, muchos creían que ese fenómeno podía producirse dondequiera, dijérase que por generación espontánea, sin depender de las condiciones del medio y de las posibilidades del momento.

Desde el inicio de nuestros trabajos, en su conferencia sobre *Rodó y su "Proteo"*, Jesús Castellanos enderezó estos párrafos contra esa tendencia *practicista* que relegaba a un segundo plano las necesidades de la cultura, o las desconocía.

Nuestro país — declaraba Castellanos —, ofrece hoy el más desconsolador alarde de utilitarismo mezquino y de desamor a cuanto significa reflexión, arte, poesía, noble ocio en el sentido fecundo que encontraba esta expresión entre los antiguos. Y este descenso de nuestro nivel intelectual se acentúa si se compulsa bien lo que significa en realidad para el vulgo de Cuba esta noción del hombre práctico. El hombre práctico es el que se especializa en una forma de trabajo productivo, y fuera de ella no encuentra campo ni estudio digno de observación. No hace muchas semanas, hablando en un centro de recreo nuestro insigne doctor González Lanuza, nos infundía convencidamente el santo horror

a los hombres prácticos: el hombre práctico, nos decía después de ilustrar su idea con una de sus deliciosas anécdotas, es la negación de todo avance social. ¡Oh sí! Tiene razón nuestro sabio amigo: el hombre práctico es la máquina de ganar dinero sin trascendencia para la sociedad, es el médico ignorante de la Biología, y que sólo sirve para despachar recetas o certificados de defunción; es el abogado sin ortografía que desconoce lo que fueron Grecia y Roma y no sabe ni siquiera la historia de su propia tierra, es en suma el comerciante para quien el universo se circunscribe en la cotización de los azúcares, para quien los magños problemas de la patria están por modo exclusivo supeditados al resultado de la próxima zafra. Menguada clase dirigente a la que tal vez algún día habrá que pedir estrecha cuenta de la desmembración y la ruina de nuestro país.

Contra ese feroz mercantilismo que nos incapacita para saber cuáles son nuestros propios destinos, hay que reaccionar a tiempo. Nuestra sociedad está necesitada de desinterés, de vistas largas al mañana; nuestra sociedad se muere de provisionalismo, de impaciencia ignorante para hacer el negocio rápido y sobre andamios... ¿En dónde está la medicina? En el estudio, en la afición a ese campo de observación generosa, a esa lectura que no nos ha de dar su cosecha sino muy a la larga.

José Enrique Rodó, en carta dirigida al Director de *El Figaro*, encomió sin reservas la obra emprendida por la *Sociedad de Conferencias* y las ideas expuestas por Castellanos, en las cuales veía la confirmación de que, "en la vida intelectual de estos pueblos", algo se preparaba y anunciaba "en lo que se refiere a la producción literaria y sus vínculos con la sociedad". A juicio de Rodó, dos tendencias fundamentales parecían "destinadas a prevalecer en la orientación de la nueva literatura hispanoamericana".

Es la una — explicaba —, la vigorosa reanimación del sentimiento de la razón, o si se prefiere, del abolengo histórico, como medio de mantener el carácter consecuente de la personalidad colectiva, al través de todas las modificaciones impuestas por la adaptación del espíritu de los tiempos y por influencias extrañas, que son inevitables, pero que deben someterse a la energía asimiladora del carácter propio.

La otra consiste en la creciente manifestación del sentido idealista de la vida; en la reacción contra el concepto puramente material y utilitario de la civilización y la cultura; en el interés devuelto a las cuestiones de orden espiritual, que es, universalmente, uno de los signos del espíritu nuevo que ha sucedido al auge del positivismo.

Y concluía:

Si la Sociedad de Conferencias arraiga, despertando en cuantos tienen *cura de almas* el sentimiento del deber de robustecerla, y si logra crear en cierta parte del público el hábito de una atención que sobreviva al fácil interés de la novedad, el grupo de sus fundadores podrá enorgullecerse de haber tributado al porvenir de su patria un bien tan alto como los que quepa procurar para ella en el terreno de la educación política o del engrandecimiento material.

Las palabras de Castellanos, tan bellamente comentadas por Rodó, encontraron eco y fueron como un lábaro de combate de nuestra organización. Sin embargo, dieciocho meses después de pronunciadas, el espíritu *practicista* encontró en Gastón Mora y Eduardo Dolz, periodistas de merecido renombre, dos voceros de su animadversión a los empeños culturales que no tuvieran un alcance práctico y, en particular, si esos empeños eran puramente literarios. Ambos escritores aludieron en tono de censura a la *Sociedad de Conferencias*, Mora en un artículo de *El Mundo* y Dolz en una *Nota del día*, en *El Día*, con motivo de la celebración de la serie dedicada a *Poetas extranjeros contemporáneos*.

Contesté a esos ataques en el diario *Cuba*, del cual era redactor, con un artículo intitulado *¡Sálvese la poesía!*, en el cual hice notar que tanto Mora como Dolz encontraban en nuestras conferencias literarias “un argumento en contra de las capacidades prácticas del pueblo cubano y, en general, de los pueblos hispanoamericanos; una prueba negativa, en fin, de nuestra aptitud para las grandes empresas colectivas”.

“Sabemos organizar conferencias literarias, pero no conferencias científicas”, decía Mora, advirtiendo que esa era una muestra de inferioridad de los pueblos hispanoamericanos. Aunque la afirmación resultaba pueril, me tomé el trabajo de recordar a Gastón Mora que en las primeras series, que fueron mixtas, de nuestras conferencias, había habido disertaciones sobre ciencias naturales y biológicas, como las de Carlos de la Torre y Huerta y José Varela Zequeira, aparte de las de ciencias sociales y las de filosofía.

El ataque de Eduardo Dolz era más pintoresco: censuraba a los “latinos” (a todo esto, no sabemos qué cosa es “raza latina”), capaces

de organizar conferencias líricas, en vez de acometer empresas prácticas de la magnitud de la Casa del Timbre, que acababa de fundar *Pote*.

Repliqué a Dolz del modo siguiente en el mismo artículo:

Por lo que toca a la afirmación del señor Dolz — que en una *Nota del día*, que mucho le agradecemos, ensalzó en *La Discusión* a la *Sociedad de Conferencias* —, hemos de decirle que si organizamos conferencias literarias en vez de fundar empresas mercantiles, como *Pote*, es por la sencilla razón de que somos hombres de letras y no hombres de negocios. Cumpla cada cual en su esfera como nosotros cumplimos. Tan útil y necesaria es nuestra gestión para el desenvolvimiento de la vida nacional, como la labor más ardua que pudieran realizar los estadistas que nos hacen falta o los hombres de espíritu emprendedor que el señor Dolz echa de menos. Un país no puede llamarse culto y civilizado ni puede merecer la consideración del mundo sino mediante el concurso de todas sus actividades sanas y puras. La *Sociedad de Conferencias* ha reportado mayor suma de beneficios al crédito exterior de Cuba que todos los esfuerzos de los hombres prácticos, que no tienen otro mérito que el de enriquecerse a costa del Estado, para lo cual no se necesita gran talento ni se requieren aptitudes excepcionales.

Pese a esa reacción ocasional del *practicismo* imperante, la influencia de la *Sociedad de Conferencias* en la vida intelectual cubana se había dejado sentir hondamente. En diversas provincias se fundaron Sociedades de Conferencias, con positivo éxito: así en Santiago de Cuba, en Matanzas, en Santa Clara. En La Habana un brillante grupo de jóvenes fundó en 1912 la *Sociedad Filomática*, y esa agrupación ofreció al año siguiente una serie de conferencias sobre literatura cubana en el paraninfo del Instituto de Segunda Enseñanza. En esa serie, consagrada a la literatura cubana, tomaron parte José María Chacón y Calvo, Salvador Salazar, Emilio Roig de Leuchsenring, Salvador Massip y Gustavo Sánchez Galarraga. Las disertaciones fueron excelentes y a oirlas acudió numeroso público. La *Sociedad de Conferencias*, que desde su fundación estuvo atenta a solicitar la cooperación de la nueva promoción de intelectuales que entonces surgía, invitó al año siguiente a ocupar su tribuna a Chacón y Calvo y a Roig de Leuchsenring y, un año después, a Salazar. Algún tiem-

po después, por iniciativa del profesor Juan J. Remos, se organizó en el Instituto de Segunda Enseñanza una *Sociedad de Conferencias*, para estímulo de la nueva juventud que entonces surgía.

Al iniciarse nuestros trabajos era Secretario de Instrucción Pública Mario García Kohly, en quien tuvo la *Sociedad de Conferencias* un eficaz aliado. Por iniciativa suya se crearon, mediante decreto presidencial, en el mismo momento en que iba a surgir la *Sociedad de Conferencias*, la *Academia de la Historia* y la *Academia Nacional de Artes y Letras*. Además, García Kohly, a poco de comenzar nuestra primera serie, inició un ciclo de conferencias populares nocturnas, que se celebraban noche a noche, con el concurso de los que constituíamos la *Sociedad de Conferencias*. Quiso García Kohly llevar de ese modo, aun a los barrios más apartados, el beneficio de la difusión cultural iniciada por nuestra asociación.

4. — *Nuestro público y nuestra prensa*

El público que habitualmente concurría a nuestros actos era, en su mayoría, un público de intelectuales, entre los cuales figuraban funcionarios de alto rango oficial, que ocupaban un puesto entre los asistentes y sólo pasaban alguna vez a la tribuna donde se situaba la presidencia del acto. Esta tribuna sólo admitía tres asientos.

García Kohly asistía con reiterada frecuencia a nuestras conferencias, como simple oyente, y las más de las veces ocupaba un asiento cualquiera. Otros altos funcionarios asistían de igual manera, entre ellos Manuel Sanguily, entonces secretario de Estado; Alfredo Zayas, que era el vicepresidente de la República; Jesús María Barraqué, que desempeñaba la cartera de Justicia, y otros más. La mayor parte de las veces ocupaba la presidencia uno de nuestros asociados: así, Varona presidió la conferencia inicial de nuestros trabajos, la de Castellanos; Rodríguez Lendián presidió la de Montagú; la que me tocó pronunciar sobre *Martí en Santo Domingo* fué presidida por Alfredo Zayas, por ser miembro fundador de nuestra Sociedad y no por su categoría de vicepresidente. Zayas, al igual que Sanguily, asistía muy a menudo a nuestras conferencias y prefería, por lo general, no ocupar un sitio en la tribuna presidencial. Sanguily también rehuía la posibilidad de presidir el acto: prefería estar más tranquilo en uno de los asientos próximos a la tribuna.

Cuando las conferencias se celebraban en el Conservatorio de Blanck, no se instalaba presidencia alguna en el pequeño escenario

que remataba el salón; pero hicimos una excepción, por tratarse de Jesús Castellanos, la noche en que Alfonso Hernández Catá rindió homenaje a su memoria. La presidencia la asumió en esa ocasión, lo mismo que el día en que se iniciaron nuestras labores, Enrique José Varona, que ahora era vicepresidente de la República. Junto a él estaban en el escenario: Rafael Montoro, que era el Secretario de la Presidencia de la República y asistía por sí, como era su costumbre, pero además llevaba la representación del presidente Menocal; Antonio Zambrana, Juan Santos Fernández, José Antonio González Lanuza, Eliseo Giberga, Manuel Sanguily, Eusebio Hernández y Eduardo González Manet, que asistía como representante de agrupaciones culturales de Santiago de Cuba.

Entro en estos detalles, que pueden parecer nimios o secundarios, porque en el andar del tiempo va resultando menos frecuente la asistencia de los hombres públicos en los actos intelectuales, salvo cuando son estrictamente oficiales. En aquella época los hombres públicos concurrían habitualmente a los actos culturales de alguna significación; pero hace ya bastantes años que se ha convertido en excepción lo que antes era un hábito. No es que sus labores sean tan absorbentes que no les alcanza el tiempo para otras cosas, pues no es menor la cartera de trabajo de un miembro del gabinete en países como Francia, por ejemplo, y sin embargo no es raro allí que altos funcionarios hagan acto de presencia en tales actos. El problema estriba en que en Cuba las costumbres políticas se han complicado más de lo necesario, y el hombre público no puede decir que es dueño de su persona. Los que ocupan altos cargos empezaron, desde hace años, a retraerse, a suprimir su nombre en las listas telefónicas, a tratar, muchas veces, de hacerse invisibles, como si por doquier pudieran asaltarlos los que piden favores o empleos. Hasta para ir a su oficina tienen que tomar precauciones y combinar horarios inesperados. Pero ¿es que el hombre público no puede estar tranquilo en ninguna parte donde puedan verlo y acercársele? Pues diferentes eran los hábitos de otro tiempo. Recuerdo, para citar sólo un ejemplo, haber acompañado más de una vez a Manuel Sanguily, entonces Secretario de Estado, al hoy desaparecido *Anón del Prado*, al caer la tarde, y sentarme con él y con Enrique Hernández Miyares o José Manuel Carbonell o algún otro amigo frente a una mesa inmediata a la acera, sin que nadie tuviera la osadía de ir a molestarlo para hablarle de asuntos personales. En todo caso, una cortés, pero seca respuesta, y un simple gesto de San-

guily, atusándose el bigote mosqueteril, habrían bastado para alejar al importuno. Bien es verdad que hombres así no dependen de la política: es la política la que depende de ellos.

Pero ¿a qué extrañar que el hombre público, por múltiples razones personales, no concurra con igual frecuencia que antes a esos actos, si hoy sería difícil congregarse en un salón a un público compuesto, en su mayoría, de intelectuales, como ocurría en la *Sociedad de Conferencias*? Nunca faltan, desde luego, los intelectuales, en los actos culturales, como oyentes, pero en número proporcionalmente menor. Claro está: la vida ha aumentado en complicaciones y obligaciones, como ha aumentado la ciudad en rumbos y distancias.

¿Ha disminuído también el público? En tesis general, creo que no; porque cuando el tema y el disertante son atrayentes, y la prensa ha hecho previa y eficaz propaganda del acto, el local se colma de asistentes. Muchas veces los propios organizadores no se ocupan con tiempo suficiente de esa propaganda previa, para la cual la prensa siempre ofrece las mayores facilidades; y es bueno recordar que el concurso que prestó la prensa a la *Sociedad de Conferencias* fué de suma importancia. Todos los periódicos, sin excepciones, dedicaban cuidadosa atención y amplio espacio a nuestros actos. Muchas disertaciones se publicaban, a veces íntegras, en la prensa diaria, lo cual daba mayor ámbito a nuestra obra. La información sobre esos actos solía ser extensa, con títulos a todo el ancho de la página, como hizo *La Discusión* con la *Sesión Tolstoy* y con la *Sesión Grieg*, y *La Lucha* con la conferencia de Valdivia sobre *La moderna Noruega*. De toda la República nos llegaban voces de aliento, porque las conferencias, en su mayoría, eran leídas en los más remotos confines de la República. Del extranjero venían votos enaltecedores, empezando por los de José Enrique Rodó y José Vasconcelos.

Aparte de los periódicos diarios, las revistas también dedicaban lugar preferente a los comentarios informativos sobre nuestras conferencias. Un grupo de jóvenes de la "generación de las tres banderas" quiso llenar en 1913 un hueco que se advertía en la prensa cubana: crear una revista mensual de buen número de páginas, donde pudieran publicarse ensayos y trabajos más o menos extensos que reflejaran el movimiento intelectual de Cuba en todos los órdenes del pensamiento, recordando el ejemplo de la *Revista de Cuba* y la *Revista Cubana*, de 1877 a 1895. Así nació *Cuba Contemporánea*, a cuya fundación tuve la satisfacción de cooperar, accediendo a la invitación que me hicieron

Carlos de Velasco, Mario Guiral Moreno, Julio Villoldo, Ricardo Sarabasa y José Sixto de Sola. En *Cuba Contemporánea*, que tuvo larga y provechosa vida, vieron la luz no pocas de las disertaciones pronunciadas en la *Sociedad de Conferencias*.

Pasó el tiempo, vinieron guerras y trastornos, tanto locales como internacionales; y la prensa fué reduciendo gradual y casi insensiblemente el espacio destinado al comentario de la vida intelectual cubana. ¿Escasez de papel o falta de interés del público? Probablemente ambas cosas, sobre todo la última; porque si el interés del público no hubiese disminuído por esa clase de información, fuerza hubiera sido mantenerla con mayor amplitud, pero ningún periódico sacrifica columnas o páginas enteras, ni concede espacio preferente a informaciones que sólo han de ser leídas por un grupo más o menos reducido de lectores; máxime cuando cuenta con buenos escritores para esas secciones, y lo que importa no es la extensión del comentario sino la calidad.

Todavía en la época de la *Sociedad de Conferencias* el hábito de las tertulias literarias no había desaparecido. Fruto de esa clase de reuniones fueron, según es fácil apreciar, la *Sociedad de Fomento del Teatro* y la propia *Sociedad de Conferencias*. Y *El Fígaro*, en la calle del Obispo, era lugar propicio para diarios encuentros de la gente de letras. Cada año, el 21 de octubre, aniversario de la muerte de Julián del Casal, nos dábamos cita para congregarnos junto a su tumba. He vuelto a ver hace poco una fotografía tomada en una de esas peregrinaciones al cementerio de Colón, y somos treinta y cinco los escritores poetas y artistas que allí estábamos en esa ocasión. Ibamos todos los años, en silencio. No había discursos, señal de discreción y buen gusto, porque la significación del homenaje estaba en la presencia del grupo, y no en lo que allí se dijera. Alguna de las damas que nos acompañaban ofrendaba flores al poeta. Se formaban grupos. Se conversaba. Y al cabo de media hora, más o menos, empezábamos a desfilar. Creo que al morir Catalá, hace ya más de dos lustros, se interrumpió esa visita anual a la tumba de Casal, y no se ha reanudado. En cambio, en París subsiste todavía la peregrinación a la tumba de Verlaine, bien es verdad que aún vive y preside ese tributo de recordación el poeta Fernand Gregh, que siguió las huellas del maestro y que debe su fama a un error de Gaston Deschamps, que en su leída sección de *Le Temps* copió un breve poema de Gregh, atribuyéndolo a Verlaine y calificándolo de obra maestra. Por lo que a Casal respecta, bueno

es no olvidar que, después de Martí, era la figura literaria que más presente tenía la "generación de las tres banderas". Dos promociones literarias han venido después, y hoy imperan otras orientaciones.

Tal fué la *Sociedad de Conferencias* y tal fué su época, en la cual es digno de nota el interés general que en definitiva prevalecía por las cosas del espíritu. Gracias a ello pudo ser tan fecunda la obra de la *Sociedad de Conferencias*: los más altos intelectuales, al igual que los hombres públicos, le prestaban su apoyo moral; la prensa hacía en su obsequio una labor de difusión y propaganda sólo igualada por la que estaba reservada a los grandes acontecimientos de la vida política; en toda la república encontraba eco esa labor, que era secundada por las Sociedades de Conferencias fundadas en las provincias. ¿Qué importa que algunos, obnubilados por la ingenua admiración que sentían por el *hombre práctico*, pusieran reparos más o menos pueriles a la obra emprendida? ¡Por encima de la inútil vocinglería de los llamados "espíritus prácticos", flotaba en alto nuestra bandera de idealismo!

Me he valido del procedimiento de Julius Petersen para clasificar las generaciones, porque en las dos generaciones cubanas de que he hecho mención, concurre la mayoría de los requisitos que él señala; pero ese procedimiento dista mucho de ser infalible (como anticipé en el curso de la conferencia), y en muchos casos resulta inoperante si se quiere aplicar con entero rigor. Y es que para identificar una generación lo que importa considerar ante todo es la *experiencia generacional*, esto es, el hecho histórico importante que sobreviene cuando los hombres de esa generación están todavía en la adolescencia o en los albores de la juventud, y actúa sobre ellos como aglutinante. Los componentes de la generación que se trate de identificar son, pues, los que han nacido dentro de un espacio de tiempo inmediatamente anterior: ocho, diez, quince años antes del acontecimiento que constituye la experiencia generacional de ese núcleo humano.

Petersen amontona requisitos y circunstancias que no son indispensables en un proceso generacional. Muchas veces no están bien determinados los elementos formativos comunes que él reclama, ni en el orden de las relaciones personales han sucedido las cosas como él lo pide, ni en todos los casos se ha manifestado la presencia indiscutible de un guía único de todo el núcleo generacional. Tampoco es un hecho necesario el del anquilosamiento de la generación anterior, y en cuanto al factor *herencia*, que Petersen toma como punto de partida para su clasificación, tampoco es un elemento necesario, y yo empecé por no tomarlo en cuenta al hacer mi exposición. Se puede prescindir, en suma, de la mayoría de los requisitos que enumera Petersen, con tal de que esté bien clara la experiencia generacional que nos da la clave del momento en que la generación se forma y define.

INDICE

	<i>Págs.</i>
Nota Preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	7
Palabras inaugurales, por <i>José María Chacón y Calvo</i>	9
La Sociedad de Conferencias de La Habana y su época, por <i>Max Henríquez Ureña</i> .	
I. <i>La Habana intelectual a principios del siglo</i>	11
1. Los periódicos y las revistas.....	11
2. El Ateneo y Círculo de La Habana.....	13
3. El Paseo de Martí, eje de la vida habanera.....	16
4. Actividades de la gente joven en el Ateneo.....	19
5. Las reuniones dominicales del Vedado.....	21
6. Fundación de la Sociedad de Conferencias.....	22
7. Primera serie: Conferencia inaugural de Castellanos...	25
8. Las series segunda y tercera.....	27
9. La muerte de Jesús Castellanos y la reanudación de nues- tras labores	29
II. <i>La obra de dos generaciones</i>	33
1. La generación del período preparatorio de la indepen- dencia	34
2. La generación de las tres banderas.....	36
3. Pugna entre idealistas y “hombres prácticos”.....	38
4. Nuestro público y nuestra prensa.....	43

